LA CASA DEL CAZADOR

Amaban debatir sobre cada cosa, los dos amigos, y ésta era la razón de sus frecuentes caminatas en el bosque. Una piedra, una planta, daban pie a interminables conversaciones, arrastradas entre hojas y senderos.

Los dos amaban esas caminatas, porque nunca acababan en ejercicios retóricos, sino que los descubrían en profundidad, en sus deseos, en sus esperanzas, casi estuviesen, juntos, buscando la clave del gran enigma de su vida.

Por fin, siempre llegaban a una simple palabra: ¿por qué? La pregunta, punto de llegada de sus pláticas, salía a flote de todo: ¿por qué el tiempo, el futuro, el pasado, el bosque, el pueblo, la vida? Sin embargo, para ellos, no era monótono volver a plantearla.

El camino nuevo, que estaban siguiendo distraídos, los llevó a un bosque embrujado, de árboles altos, con troncos elegantes, una de esas selvas en que la mirada, en lugar de resultar cerrada por el ramaje y las hojas, que quedan allá arriba, parece ahondar en un pórtico antiguo. Al fondo de esa galería de troncos se divisaba una casa. De la chimenea salía un poco de humo blanco que se quedaba suspendido entre las hojas.

- ¿De quién será?
- ¡Vamos a ver!
- ¿Hay alguien?

De la puerta entreabierta no vino respuesta. Entonces, después de mirar al entorno, los dos entraron despacio.

Hacia calor: el fuego prendido en la chimenea producía una hermosa llama y llenaba de reflejos la habitación, reverberándose sobre un antiguo trofeo (una cabeza de venado), sobre la caña de una escopeta colgada de la pared, y, más netamente, sobre una botella destapada que, al lado de un vaso y del plato estaba tranquila sobre la mesa en el centro de todo. Una silla estaba movida.

- ¿Qué piensas?
- Debe de estar fuera.
- ¿Quién?
- ¡El cazador!
- ¿Qué cazador?
- Bueno... el dueño de casa.
- ¿Dueño de casa? ¡No hay ningún dueño de casa!
- ¡Claro! Ahora no está, pero estará aquí afuera.
- No entiendo por qué tendría que estar y estar aquí afuera... Yo no lo veo, y pues, ¡lo único que puedo decir es que no está!

Empezó así una de las acostumbradas discusiones. Se apasionaban porque los dos partían de la evidencia.

- Ahora no está, pero todo lo que hemos visto al entrar nos dice que está aquí. Estaba comiendo - ¿ves el plato? - con el fuego prendido, entonces no está lejos, está solo (sólo hay una silla movida) y probablemente es un cazador, como demuestran el trofeo y la escopeta. Me parece evidente que no demorará en volver.

- ¡Evidente! Aquí de evidente sólo hay una cosa: ¡qué ‘‘tu’’ cazador no está!

- ¡Entonces explícame todo lo que ves! ¿Cómo puedes explicar el fuego prendido? ¿Y el plato? ¿Y la silla? ¿Y la escopeta?
- ¡No una, sino cien explicaciones te daré! El fuego se ha prendido porque cayó un rayo, o porque lo prendió uno que pasaba por aquí, o por autocombustión o tal vez por magia. La silla se movió por un temblor, o por un animal, o así la puso quien hizo la casa. Todo se puede explicar sin tener que ‘‘formular la hipótesis’’ de tu cazador.
- Queda una cuestión: he aquí, si se aceptan tus explicaciones, ya no existe un nexo que vincule la silla al fuego prendido, a la mesa, al plato, a la escopeta... Todo se queda aislado, todo está solo, ya no hay ninguna armonía. Sin embargo, si piensas en el cazador, llega el acorde, como cuando el maestro transforma unos sonidos en música. Y, en fin, esto es lo que quiero: entender la ‘‘música’’ de las cosas, entender que tienen que ver las cosas entre ellas. Así la razón, débil, pero leal instrumento, se afina cuando en ella surge la hipótesis: aquí está un cazador. Aunque no lo veo, la ‘‘música de las cosas’’ me hace cierto de que está.
- ¡Pero no puedes impedirme de pensar el contrario!
- ¿Por cierto no te voy a obligar! Pero eres tú que pierdes algo: si te quedas demasiado apegado a la apariencia, no vas a entender la realidad.
- ¡Ya vuelves a los discursos de siempre! ¡El Misterio, en todo está el Misterio! No, prefiero la casualidad, es más concreta.
- Pero el Misterio es más grande...
- Lo admito: si estuviera el cazador la casa sería más hermosa: son tristes las casas abandonadas.

En ese momento, silbando levemente una canción, el joven cazador llegó.

20.5.1988